

El Apasionado Acto de Mirar

Los Últimos Díaz del Milenio

Jorge Díaz. Prólogo de Carola Oyarzún, RIL Editores. Santiago, 1999, 216 páginas.

por Mario Valdovinos

DESDE los ya remotos años sesenta Jorge Díaz viene desenvolviéndose una dramaturgia, dentro del teatro infantil y adulto, que alcanza en número los años del siglo a punto de desbarajustarse: tanta fecundidad ha acrecido premios y reconocimientos nacionales e internacionales. Tampoco descuida la coherencia y práctica del noble arte y, con el mismo entusiasmo, es decir, lo propio de quien "está inspirado por la divinidad", escribe manuales de divulgación para escolares de todos los niveles y edades. En este empeño lo acompaña la editorial RIL, a cargo de buena parte de su producción en los últimos años.

Su último texto incluye siete piezas dramáticas elaboradas desde 1994 a la fecha, cuando se reconstituyó en Chile tras décadas de exilio, transiéndose y éxodos de un continente a otro. La sombra de la dramaturgia de Díaz es parte del imaginario del espectador teatral y así del ciudadano no demasiado interesado en los fantasmas del drama. Resulta difícil durante la vida escolar no haber asistido a la representación, o todavía más, haber participado en el montaje de «La mala noche buena de don Eucletes», de «Serapio y Yerabueno», o, de adolescente, haber sido parte del elenco de «El copilote de dientes» o quizás de «El velero en la botella»; tal vez haber montado «El locutorio» o presenciado con todo el curso «Ligeros de equipaje» y «Oscuro vuelo compartido».

El autor ha acumulado una pasión desbordante sobre el acto de mirar su entorno, su propio interior y el estado de las relaciones impersonales. Cada vez, a uno y otro lado de los océanos, volvió a casa a plasmar todo cuanto lo circundaba en palabras e imágenes, dispuesto a hacerlas vivir en el tiempo atemporal que alcanza la humana condición sobre un escenario. En *Los últimos Díaz del milenio* exhibe sus registros más actuales: el realismo, el absurdo, el gresco, la comedia negra y la sátira, en medio de propuestas teatrales sustentadas sobre diversos lenguajes, códigos estéticos y propuestas de montaje, en su mayor parte de acceso posible para los grupos que, como es tradicional, viven fuera del escenario del drama real de la supervivencia, la continuidad y el floreciente desajuste de la cultura chilena, más inclinada a consignar lo probado fuera que lo que intenta después dentro.

En «La mariposa de la luz» plantea la inestabilidad de los lazos de familia en medio de una situación

trágica: el padre agoniza tras esperar por parte de su hijo Srafin un niño a quien dejar como herencia la casa en que vive. Pero éste ha vivido custado por los discursos paternales sobre el proletariado, sin poder comprender nada, excepto cuernos críticos retrospectivos con su profesora de la escuela primaria, la señorita Violeta; ella aparece en escena desde un ropero, al igual que la madre, quien abandonó el

hogar hace una década, hastiada de alimentarse con sus ocho hijos —en circunstancias que Srafin cree ser hijo único— de "bepa de uterios". La aparición de un personaje de nombre "Fuscaro" aumenta las culpas y los actos fallidos hasta el delirio, transformando la existencia doméstica en algo frías y alejadas e inconducentes, como el deseo de ver morir, o matar, cuanto antes al padre para quedarse con la casa.

Texto Escogido

EL.— Pecado, culpa, remordimiento, arrepentimiento... ese es el orden... sólo que a veces no es tan sencillo.

CURA.— Procede, no quiero ser brusco con usted, pero no tengo tiempo para discusiones teológicas. Si quiere confesarse, hágalo.

EL.— Lo estoy haciendo.

CURA.— No, no lo está haciendo. Si tiene algo sobre la conciencia, dígame. Se sentirá mejor.

EL.— Para usted es la rutina, ¿verdad?... Hay tan poca imaginación para pecar. ¿Qué le puedo decir de nuevo, algo que lo sorprenda? Nada... Padre, he cometido adulterio... Padre, soy exhibicionista... porque, seguramente, usted espera algo sexual, siempre ustedes esperan eso. Incluso, es posible, que eso lo perturbe un poco.

CURA.— (Frio) No espero nada y no me perturba

en absoluto.

EL.— Si yo le confesara algo así, usted desempolvaría sus penitencias y pensaría: Por lo menos ha sido menos aburrido que las bestias de los viernes que se acusan de malos pensamientos.

CURA.— (Seco). ¿Qué ha hecho?

EL.— Supongo que algo terrible, de otra manera no me vendría así.

CURA.— ¿Y cómo se siente?

EL.— Saco.

CURA.— Eso suena muy literario. Por favor, sea más concreto.

EL.— A lo mejor no es más que un cuento de terror que me he inventado.

(De *La mirada oscura*)

En «La mariposa» asedia el tema del exilio y la imposibilidad de recuperar los actos del pasado. En medio de una atmósfera dramática realista introduce los entornos de sus personajes que naufragan en un tiempo que los asustó a todos, los demacrado viejos que ya no pueden volver, Benigno de 72 años, y Camila, la adolescente de diecisiete que no desea irse a Chile: «Basta de los rollos de la guerra civil y de las nostalgias revolucionarias de papá» / «Mi país son treinta metros cuadrados donde quepa mi casetera y un colchón», dice a su abuelo y a su progenitor. El reticulado de las diversas escenas lo marca la intervención de la música, de uno muy expresivo en el teatro de Díaz.

Nos parece «La mirada oscura» la pieza teatral de mayor alcance dramático del volumen, por lo menos para esa antología que cada lector hace en su intimidad: un cura apóstata, porque se casó con una joven, dejándola embarazada y ésta terminó suicidándose, está inhabilitado por su congregación para administrar sacramentos; recibe, así, sin más, la visita de un médico que desea confesar su participación en la tortura dentro de un régimen político autoritario. Ambos están amenazados por la muerte, el sacerdote porque ya no cree en ninguna confesión ni absolución, y el doctor porque está aquejado de una enfermedad incurable que a corto plazo lo transformará en parálisis y vegetal. Es una obra crispada, donde los elementos dramáticos están planeados con un grado de subterfugio paradigmático. La violencia, el intercambio de roles de penitente a vendido y de ángel caído a victimario son constantes y reverberantes. De la expiación saltan a la complicitad, hasta desembocar en un desenlace de estruendo.

Cierra el volumen «La Dionisia», en torno a la octogenaria Dionisia, desmemoriada y sola en un asilo repletado por monjas represivas e insatisfechas. Allí se confunden el crepúsculo, el olvido, la decrepitud y los impulsos místicos compuestos a través del diálogo con los espectros que aparecen en el espejo. En la obra se pone de manifiesto otra de las obsesiones del dramaturgo: el cuerpo y su inserción en una temporalidad tan devastadora como despreciable de sentido: «¡Devuélvame mi cuerpo! ¡Esa mio, no es un objeto que puedan colocar donde quieran!», grita Dionisia a las monjas de la Casa del Cuerpo Divino, donde está recluida. Sin embargo, el desenlace provee a la pieza de un hito de vitalidad. También en «La mariposa» Benigno dice, refiriéndose al «préstamo de buenos» que nos creyó: «El cuerpo, el tripaque, el esqueleto, toda esta carga de mierda que tenemos que arrastrar».

El volumen *Los últimos Díaz del milenio* le da los buenos días al próximo siglo.

El apasionado acto de mirar [artículo] Mario Valdovinos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valdovinos, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El apasionado acto de mirar [artículo] Mario Valdovinos. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)